

# La rebelión de los límites, la crisis de la deuda y el vaciamiento de la democracia y el genocidio económico-social

*Franz Hinkelammert*

Vivimos en una economía que depende del crecimiento, no obstante cada vez es más obvio que el crecimiento está llegando a sus límites.

## 1. Las amenazas globales

Enfrentamos tres grandes amenazas globales concretas: la exclusión de la población, la subversión de las relaciones sociales y la amenaza a la naturaleza. Sin embargo, la mayor amenaza es otra: la inflexibilidad absoluta de la estrategia de globalización. Es, de hecho, la verdadera amenaza. Lo es porque esta amenaza imposibilita enfrentar las otras amenazas mencionadas.

Se trata de una estrategia que de ninguna manera es un producto necesario de un mundo hecho global. En realidad, la estrategia de globalización es completamente incompatible con el hecho de que el mundo ha llegado a ser un mundo global. Ése es el verdadero problema. La estrategia de globalización destruye un mundo hecho global y es incompatible con la existencia de este mundo.

El mercado no es un sistema autorregulado. Las tal llamadas fuerzas de autorregulación del mercado no existen. Lo que hay es una determinada

autorregulación de mercados particulares, no del mercado en su conjunto. El mercado como conjunto no posee la más mínima tendencia al equilibrio, sino tiende siempre de nuevo y sistemáticamente a desequilibrios. El mercado es pura voluntad del poder.

Las mencionadas amenazas globales concretas son desequilibrios del mercado. Estas amenazas globales son sistemáticamente aumentadas en favor de ciertos equilibrios financieros.

La política del crecimiento económico muestra todavía otro lado: cuanto más se insiste en una ciega política de crecimiento, tanto más se incrementan las amenazas globales y, como consecuencia, se sacrifica cualquier política que intente enfrentarlas. Ésa es la lógica de la estrategia de globalización.

Tal estrategia se presenta a sí misma como política de crecimiento, pero no es simplemente eso. Solo hay que recordar las características de esta estrategia para mostrar lo que ella es. Es la comercialización de todas las relaciones sociales, es la privatización como política, que obedece nada más a principios sin mayor consideración de la propia realidad. Por eso, no pregunta dónde la privatización sería la solución más adecuada y dónde la propiedad pública resulta la mejor solución. El hecho de que la privatización del Metro de Berlín (S-Bahn) arruinó este metro, no es ningún argumento en contra de su privatización. No existen argumentos en contra de determinadas privatizaciones, porque únicamente existen artículos de fe. Según esta fe, todas las esferas de la vida tienen que ser sometidas al mercado, lo que significa usarlas para inversiones del capital. No apenas cualesquiera de los servicios públicos, también las cárceles y los ejércitos. Por supuesto, de igual modo los sistemas de educación, de salud y del seguro de vida.

Eso aparece como si fuera política de crecimiento, con todo es obvio que se trata principalmente de una política de acumulación total de capital.

En nuestro idioma orwelliano todo es lo mismo: la globalidad del mundo, la estrategia de globalización y la totalización del mercado y de la acumulación del capital. Con esto, también el sometimiento de todas las decisiones bajo el cálculo de costos y utilidades.

Lo que no es posible percibir es la contradicción fundamental de nuestra sociedad actual: se trata de la contradicción entre un mundo hecho global y la universalización de esta estrategia de globalización.

Esta política de maximización del crecimiento ha llegado hoy a sus límites. Lo que anunciaba el informe del Club de Roma en 1972 bajo el título "los límites del crecimiento", se ha hecho real en la actualidad. La crisis de 2008 no es simplemente una crisis del sistema financiero, sino el comienzo de una crisis producida por los límites del crecimiento que se hacen notar de manera constante, y que no tiene remedio. Lo que acontece es la rebelión de los límites.

La crisis de 2008 estalló después de una extraordinaria alza del precio del petróleo. Eso llevó a dificultades de pago que obligaron a la venta de títulos financieros, los cuales ahora casi no tienen valor en el mercado. Eso desembocó en una crisis financiera en la que colapsó la burbuja financiera del sistema financiero. Los límites del crecimiento condujeron a esta crisis financiera, que se reforzó a sí misma por el hecho de que todo el sistema financiero resultó corrupto porque se basaba en títulos financieros sin ningún valor.

Desde 1987 hasta 2007 el consumo de petróleo subió aproximadamente un tercio. Se trata de un aumento de alrededor del 1,5% con un crecimiento económico en torno al 5%. Este crecimiento no habría sido posible sin el correspondiente incremento del consumo de petróleo y, por eso, sin un incremento correspondiente de la producción petrolera. Volver a un crecimiento parecido del consumo de petróleo en los próximos veinte años parece más bien imposible. Y en cuanto que todavía no hay un sustituto importante para el petróleo, parece entonces también imposible un crecimiento del producto social mundial de este tamaño.

No solo el petróleo marca límites. En todos los sectores de la economía aparecen productos imprescindibles para un proceso de crecimiento comparable que se tornan escasos, sin que se encuentren sustitutos adecuados con la velocidad necesaria. Igualmente cambia la situación mundial de partida. La crisis del clima definirá siempre más límites de este proceso de crecimiento, que en algún momento tendrán que ser tomados en cuenta.

La búsqueda de sustitutos para el petróleo acarrea inclusive consecuencias perversas. Hoy la producción agraria todavía aumenta, sin embargo la producción de alimentos tiende más bien a la baja. Maíz, soya, aceite de palma, azúcar y muchos otros productos son transformados en combustible para automóviles. En los EE. UU. éste es el caso de más de un tercio de la producción de maíz. En el siglo XVI se decía en Inglaterra: las ovejas devoran a la gente. Esta situación llevó a un terror tal frente a la población expulsada del campo, que el robo de una gallina fue castigado con la pena capital. Ahora tendríamos que decir: los automóviles devoran a la gente. Los autos tienen altos ingresos, los hambrientos en cambio no poseen ningún poder de compra. Lo que hoy se entiende por acción racional es que los autos, en nombre de la acción racional, tienen que tener preferencia. El concepto de racionalidad de nuestra vigente teoría de la acción racional es perfectamente perverso <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Tomás Moro decía en el año 1516: "But I do not think that this necessity of stealing arises only from hence; there is another cause of it, more peculiar to England. 'What is that?' said the Cardinal: 'The increase of pasture,' said I, 'by which your sheep, which are naturally mild, and easily kept in order, may be said now to devour men and unpeople, not only villages, but towns; for wherever it is found that the sheep of any soil yield a softer and richer wool than ordinary, there the nobility and gentry, and even those holy men, the abbots not contented with the old

Por esta razón, parece difícilmente posible mantener un nivel de crecimiento como en la décadas pasadas. Lo que cabe esperar son aumentos del crecimiento a plazos más bien cortos que pronto volverán a colapsar: una especie de decadencia del sistema. Esto tienen que tomarlo en cuenta todos los planes de una reactivación del crecimiento.

Hemos derribado todos los límites y llegamos en la actualidad a nuevos límites, cuya existencia la humanidad antes ni sospechaba. El ser humano resulta ser un ser infinito atravesado por la finitud. Se trata de la finitud del ser humano, que ha descubierto que es infinito y que precisamente por eso choca de nuevo con la finitud. Pero no es la finitud del pensamiento anterior, como por ejemplo del pensamiento griego.

## 2. Las crisis de la deuda

Hasta ahora hemos hablado de desequilibrios provocados e inauditamente reforzados por el mercado de mercancías: la exclusión de la población, la subversión de las relaciones sociales y la amenaza a la naturaleza. Se trata de desequilibrios de la vida real. Pero asimismo aparecen desequilibrios en relación al propio mercado, que refuerzan de manera inaudita los desequilibrios de la vida real mencionados. El desequilibrio más significativo en este sentido resulta de los procesos de endeudamiento.

Hoy nos encontramos de nuevo en uno de estos procesos de endeudamiento, referido esta vez sobre todo a los países europeos. El endeudamiento ha llegado a un tamaño tal, que se vuelto impagable para los países más endeudados. En este hecho de que la deuda se vuelva impagable, reside justamente el negocio de los bancos. Para las burocracias privadas de las grandes empresas y bancos se trata de la gran oportunidad, pues los países endeudados son pillados sin la más mínima posibilidad de defenderse. Todo lo que resulta interesante para el capital, es ahora vendido a precios mínimos. Sin embargo, las deudas no bajan, sino que muchas veces suben. Los económicamente más potentes de los países afectados participan en este negocio, aunque sea nada más como socios menores. El país que no puede pagar, cuando menos tiene que pagar lo que puede, perdiendo así su independencia. Si se fija un límite al endeudamiento, este límite aparece porque solo se puede pillar lo que hay. Se hace el cálculo de la mafia cuando calcula el 'protection money'. Sacará lo más que pueda, pero tampoco demasiado para poder seguir robando

rents which their farms yielded, nor thinking it enough that they, living at their ease, do no good to the public, resolve to do it hurt instead of good. They stop the course of agriculture, destroying houses and towns, reserving only the churches, and enclose grounds that they may lodge their sheep in them", en: <http://en.wikipedia.org/wiki/Enclosure>

en el futuro. Los países endeudados pierden su autonomía y los bancos maximizan —como actores “racionales” que son— su ‘protection money’.

En América Latina vivimos una situación parecida de endeudamiento en los años ochenta. Los ajustes estructurales que se impuso a estos países, condujeron al pillaje de todo un continente. El Estado social fue disuelto en gran parte y se privatizó lo que se podía privatizar. Se produjo una asombrosa miseria de las poblaciones y una destrucción de la naturaleza más grandes que en cualquier época histórica anterior. El endeudamiento fue la palanca que hizo posible someter toda América Latina a la estrategia de globalización, que es ciega y jamás da razones.

Los mismos ajustes estructurales son ahora impuestos a los países europeos endeudados, pero esta vez los imponen los propios Estados de Europa, que lo hacen porque el capital tiene el poder de imponer esta política a estos mismos Estados. Las crisis de la deuda se transforman en gigantescos procesos de expropiación, que conforman una especie de acumulación originaria que acompaña toda la historia del capitalismo.

No quiero intentar presentar lo que podría ser una solución. Más bien presento el hecho de que en nuestra historia hay un caso en el cual una crisis de endeudamiento se solucionó de forma tal, que se evitó desatar esos procesos de destrucción. Ello ocurrió en el caso de la crisis de endeudamiento que resultó al fin de la Segunda Guerra Mundial. Una crisis comparable de la deuda había ocurrido después de la Primera Guerra. No obstante, en este caso no se buscó una solución, sino que sencillamente se impuso pagos máximos sin considerar las consecuencias destructivas resultantes. Esta ceguera dogmática fue una de las razones principales del posterior éxito del nazismo en Alemania, que condujo a la Segunda Guerra. Ya Keynes, quien participó en las negociaciones de paz de Versalles en 1919, advirtió acerca del peligro de un desarrollo de este tipo como consecuencia de la actitud de los ganadores en su libro sobre estas negociaciones.

El tratamiento de la crisis de la deuda después de la Segunda Guerra Mundial fue muy diferente. Hasta se puede decir que fue muy razonable y acertado. Sintetizo brevemente esta política, para discutir luego por qué fue posible después de la Segunda Guerra y por qué hoy no se saca ningún aprendizaje de esta experiencia. Al contrario, ni se la menciona.

En esencia, se trató de las siguientes medidas que se aplicaron coordinadamente:

1. Se partió de la anulación casi completa de todas las deudas de Europa Occidental, inclusive Alemania. Se la dio en parte como moratoria de largo plazo. Durante el tiempo de estas moratorias, no se calculaba intereses sobre las deudas no pagadas. Esto se estableció en el acuerdo de Londres sobre las deudas, en 1953.
2. Encima de esta postergación del pago se concedieron nuevos créditos sin intereses y sin devolución a largo plazo. Se trató de los

créditos del llamado Plan Marshall, que se transformaron en los países receptores en ‘revolving funds’.

3. Se fundó una Unión Europea de Pago para evitar el surgimiento de nuevas relaciones de endeudamiento entre los países europeos incluidos. Los desequilibrios de la balanza comercial entre estos países no fueron financiados por créditos comerciales. Los saldos positivos de los países más exitosos financiaron los déficit de los otros países sin cobrar intereses.

4. Altos impuestos sobre los ingresos de capital y los altos ingresos en general. Impuesto de herencia, de las propiedades.

5. Se fundó el Estado social. Aumentaron significativamente los gastos sociales en lo que se llamó después el Estado de bienestar. Eso después también se llamó el rostro humano del capitalismo.

Ése es el núcleo de esta política muy razonable, que tuvo un éxito considerable. Sin esta política, la recuperación económica de Europa habría demorado mucho más.

Las preguntas que tenemos que hacernos ahora son las siguientes: ¿por qué esta política fue posible después de la Segunda Guerra Mundial y no después de la Primera Guerra Mundial? Y la otra: ¿por qué fue posible esta política después de la Segunda Guerra Mundial, sin embargo es imposible frente a la actual crisis de la deuda, y tampoco fue posible en los años ochenta en América Latina?

La razón debe ser clara. En aquel entonces estaba empezando la Guerra Fría en relación a la Unión Soviética, y especialmente en Francia e Italia había partidos comunistas muy fuertes. El sistema capitalista parecía amenazado en su propia existencia.

El sistema percibió el peligro, y reaccionó como un sistema global. Eso llevó a medidas completamente incomprensibles desde el punto de vista de la lógica del capitalismo, pero comprensibles como medidas de guerra en la Guerra Fría. En este sentido, se trató de una economía de guerra que interrumpió la lógica del capitalismo en el interior mismo de este capitalismo. Inclusive los altos gastos sociales, desde la perspectiva del poder económico, eran gastos de guerra; en el fondo, dinero botado, pero que había que gastarlo por la sencilla razón de que se tenía que ganar una guerra.

El hecho de que se trata efectivamente de costos de guerra se percibe también en que los EE. UU. renunciaron al pago de las deudas de la guerra en lo que atañe a los países de Europa occidental, pero no al pago de las elevadas deudas de guerra de la Unión Soviética del Lend-Lease-Act de 1941 —alrededor de diez mil millones de dólares—. Se quería hacer negocio ‘as usual’. Cuando la Unión Soviética rechazó esta exigencia, se la denunció por incumplimiento de contrato.

Las medidas tomadas limitaron extraordinariamente el poder de la banca y su negocio con la miseria de las poblaciones. En efecto, los bancos

renunciaron y hasta participaron en la planificación de estas medidas para salvar el sistema, no por tomar en cuenta las necesidades de la población. Sin estas medidas, posiblemente habría resultado algo inclusive peor de lo que pasó después de la Primera Guerra Mundial.

Esto demuestra que los banqueros, pero asimismo los políticos, saben muy bien la innecesaria catástrofe que origina su política de cobro ciego de la deuda, y que igualmente saben muy bien cuál sería la efectiva y además humana solución de una crisis de la deuda. Escogen de manera consciente el crimen implicado en la imposición del pago indiscriminado.

Hoy sin embargo no ven ninguna razón para medidas de este tipo, porque no existe una resistencia correspondiente. Tampoco vieron ninguna razón para tales medidas durante la crisis de la deuda de los años ochenta en América Latina y en el Tercer Mundo. En el tiempo de Ronald Reagan, eso se decía muy abiertamente en los EE. UU.: ¿para qué seguir botando el dinero y echar las perlas a los cerdos, si el peligro para el sistema ya pasó? Y nuestros medios de comunicación nos presentan eso todos los días.

Hoy, por tanto, los banqueros y políticos saben muy bien las catástrofes sociales que están produciendo, pero no ven la más mínima razón para limitar el negocio que están haciendo con la miseria de las poblaciones y de la naturaleza. La prueba de ello reside en el hecho de que eso se vio perfectamente después de la Segunda Guerra Mundial, aun así casi nadie dice nada. Se sacrifican vidas humanas y se realizan grandes genocidios, y lo sabemos en nuestro subconsciente. Los economistas inventan cualquier cosa para tener pretextos, y para eso son pagados. Todos lo saben, pero casi todos respetan el tabú tan bien guardado alrededor de estos genocidios.

Lo que fue la solución después de la Segunda Guerra Mundial, es absolutamente único en la historia del capitalismo. Las crisis de la deuda son un negocio demasiado bueno para renunciar a él, a no ser que sea inevitable hacerlo para asegurar la propia existencia del sistema. Cuanto peor la crisis de la deuda, mejor el negocio que ofrece cuando un país ya no puede pagar. En este caso, al prestamista le pertenece todo lo que hay en el país. Esto lo vemos hoy en Grecia, donde está en camino un genocidio económico de este tipo. Eso se extenderá a muchos países más. Al final, llegará incluso a los países dominantes, porque el poder económico querrá también un pillaje del propio país de la misma forma que antes en países extranjeros. Aunque los EE. UU. son los que han progresado más en este sentido, también Alemania tendrá exactamente lo mismo luego de acabar con los otros países europeos.

Si todo eso no fuese suficiente, los gobiernos de los países poco endeudados tendrán que respaldar las deudas de los otros para que la banca no quiebre y pueda seguir haciendo su aporte para el “progreso”. Sin embargo, nos acercamos a un nivel donde ni la totalidad de los gobiernos podrá respaldar estas deudas. Porque cuando las deudas únicamente se

puede pagar con nuevas deudas, la deuda total crece sin ningún límite con la velocidad de la progresión del interés compuesto. Todo lo devora. Hasta los EE. UU. se encuentran hoy en un automatismo tal de la deuda, que nadie puede prever su final.

Con todo, las medidas que se están tomando son exactamente lo contrario de lo que se hizo frente a la crisis de la deuda en la segunda posguerra, si bien este hecho ni se discute. Proponer hoy reaccionar a la actual crisis de la deuda de la manera como se lo hizo después de la Segunda Guerra Mundial —por supuesto, sin copiar de forma mecánica— es considerado algo de locos, además de extremista. Quien rechaza estos genocidios económicos es considerado extremista, mientras quien los apoya, es moderado y realista en nuestra sociedad hipócrita.

Para nosotros, desde el punto de vista de esta nuestra sociedad, está bien claro: el capitalismo ya no necesita un rostro humano, y por eso todos los gastos sociales y las consideraciones de una humanización de la sociedad significan dinero botado.

### 3. El vaciamiento de la democracia

Hemos mencionado dos elementos decisivos de la actual crisis. Por un lado, la estrategia de globalización se convirtió en el obstáculo decisivo para lograr una respuesta frente a las grandes amenazas para nuestro mundo: la exclusión de partes cada vez mayores de la población mundial, la disolución interna de las relaciones sociales y la siempre más visible destrucción de la naturaleza. Por el otro lado, la total subordinación de la política bajo el automatismo de la deuda se transformó en el motor de este proceso destructivo.

Son los países ‘democráticos’, es decir, aquellos que arrogantemente se presentan como las democracias modelo, los que imponen esta política al mundo entero. Hasta ahora, estos países tienen mayorías internas para esta política y declaran a todos los gobiernos que no la aceptan de manera incondicional, como no-democráticos. Si se someten a ella son democráticos, aunque sus presidentes se llamen Pinochet o Mubarak. Por lo menos son democráticos en su esencia, aunque no en su apariencia. Este criterio es el de las democracias modelo, sobre todo las de los EE. UU. y Europa. Con este criterio democratizan el mundo.

Pero, ¿por qué hay mayorías a favor de esta deficiencia mental? Brecht decía: solamente los terneros más grandes y tontos eligen ellos mismos a sus carniceros (Nur die allergrössten Kälber wählen ihre Schlächter selber). Pero se sigue eligiéndolos. Aunque a veces no.

Se trata de lo que se llama la soberanía popular, que pretendidamente vale en las democracias modelo: todo poder deriva del pueblo. No obstante, esta soberanía popular encierra un punto problemático. Hoy consiste

en que el pueblo declara de modo soberano que el poder económico y, por consiguiente el Capital, es el soberano. La canciller alemana Merkel lo proclama: “la democracia tiene que ser conforme al mercado”. Eso se expresa en un lenguaje muy específico. Se dice que el mercado es un ser autorregulado que no debe ser intervenido por ninguna voluntad humana, y por ende tampoco por la voluntad expresada en las elecciones del soberano popular. La Unión Europea entiende eso como el contenido central de su Constitución.

Ésa precisamente es la afirmación según la cual el Capital es el soberano que tiene que ser confirmado por la soberanía popular. De acuerdo con nuestros apologetas de la soberanía del Capital, la soberanía popular deja de ser democrática si no afirma esta soberanía del Capital. En el lenguaje de Rousseau eso significa —aunque no corresponde por completo a lo que él dice—, que la voluntad general (‘volonté general’) es esta decisión de la soberanía popular que declara y asume la soberanía del Capital y que ésta no puede ser cambiada por la voluntad de todos (‘volonté de tous’). Por tanto, la soberanía popular que no afirma la soberanía del Capital es antidemocrática, inclusive totalitaria. Sin embargo, Pinochet y Mubarak son democráticos por el hecho de que imponen la voluntad general (‘volonté general’), aun cuando no sean elegidos. Son conformes al mercado, como lo dice Frau Merkel.

Ése es el vaciamiento de la democracia, tal como ha tenido lugar en las democracias modelo. El pueblo renuncia a su soberanía y la entrega al poder económico, que se hace presente como Capital. Los métodos para conseguir esto son muchos. Aquí solamente mencionaré dos, que poseen un carácter central: la creación de la opinión pública en el sentido de una opinión publicada y la amplia determinación de la política por el financiamiento de las elecciones.

El dominio sobre los medios de comunicación actualmente está casi en su totalidad en las manos de sociedades de capital, que son sus propietarias. Estos medios de comunicación se basan en la libertad de prensa, que es la libertad de los propietarios de los medios. Éstos se financian por una especie de subvenciones en la forma de propaganda comercial pagada, que son pagadas por otras sociedades de capital principalmente. Cuanto más presuponen los medios de comunicación grandes capitales, se transforman en instancias de control de la opinión pública y, por consiguiente, de la libertad de opinión. Para estos medios no existe otra libertad de opinión que la libertad particular de sus propietarios y sus fuentes de financiamiento. Ésta la garantiza la libertad de prensa.

El derecho humano no es la libertad de prensa, sino la libertad de opinión de todos y por ende universal, pero al hacer de la libertad de prensa el único criterio para los derechos de la opinión en los medios de comunicación, ésta se ha transformado en un instrumento sumamente eficaz para el control de la libertad de opinión universal. Éste es limitado, aunque apenas en cierto grado, por los medios de comunicación pública,

en cuanto tengan una autonomía efectiva. Berlusconi, como propietario de la gran mayoría de medios en Italia, podía expresar hasta con trompetas su opinión sin casi ninguna contestación. Con todo, uno de los canales de televisión que le planteó la oposición más fuerte, fue un canal público: RAI. Y no lo pudo intervenir, porque tenía una autonomía asegurada por el derecho. Por otro lado, el presidente Reagan aseguró su poder en gran parte por su indiscriminada política de privatización de los medios de comunicación, inclusive con un conflicto durísimo con la Unesco, a la cual retiró su financiamiento. Con eso aseguró un dominio incontestado sobre el derecho humano de la libertad de opinión en los EE. UU.

Para los políticos se trata de un límite serio, porque necesitan medios de comunicación para hacerse presentes ellos y también sus posiciones políticas. La condición, sin embargo, para este acceso para ellos es reconocer el poder económico, por tanto, al capital como el soberano de hecho.

Una muy parecida situación ocurre en casi todos los procesos de elección. Un participante importante, y muchas veces decisivo, en las elecciones es el poder económico como el verdadero soberano. Siempre está, pero su presencia es invisible y solamente la podemos derivar. Este gran otro está presente, aun cuando ni él mismo lo sabe. Está presente en las elecciones de los candidatos, los discursos y los medios de comunicación.

Con ello la política recibe una nueva y muy relevante función. Para alcanzar el éxito, casi siempre tiene que representar a este gran otro frente a los electores a los cuales aparentemente siempre representa. Y tiene que hacerlo en una forma en la que aparentemente los ciudadanos deciden ellos mismos, por su propia voluntad, que este gran otro es el soberano real. El político exitoso es, entonces, aquel cuya representación del gran otro es vivida por los ciudadanos como la propia decisión de ellos mismos.

Los indignados en España se percataron de este carácter de la democracia vaciada que los domina y los despoja de cualquier posibilidad de participación. Por eso exigieron “democracia real ya” frente a un sistema que se presenta, inclusive por medio de la Policía, como la democracia verdadera.

No por ello, la soberanía popular deja de ser algo real y efectivo. Y que los ciudadanos tomen conciencia de la soberanía popular, es el gran peligro para esta democracia de las democracias modelo. Tal soberanía no resulta de una ley que la reconoce, sino muy al contrario, la ley que la reconoce parte del hecho de que un pueblo que se sabe soberano y actúa de manera correspondiente, es efectivamente soberano, haya ley o no. Se trata de esta soberanía popular que nuestras democracias tienen que transformar en soberanía del mercado y del Capital; pero con eso pueden fracasar, y eso temen cuando emergen levantamientos populares democráticos.

Estos levantamientos están hoy en curso y otros se anuncian. Empezamos en 2001 en Argentina. Paralelamente, aparecieron gobiernos

de izquierda en Venezuela, Bolivia y Ecuador, que rechazan poner la soberanía del mercado y del Capital en el lugar de la soberanía popular. Por eso, en la opinión pública publicada de las democracias occidentales son considerados no-democráticos.

Estos movimientos populares aparecieron con una fuerza muy especial en el año 2011 en los países árabes, sobre todo de África del norte. Eso llevó al movimiento de los indignados en España del mismo año.

En las democracias occidentales apareció entonces la voz de alarma. Si se mostraba entusiasmo, casi siempre no era sino simple palabrería. No obstante, tenían que aceptar la democratización en algunos países árabes. En seguida se ofreció apoyo, el cual siempre hizo lo mismo: fundar democracias que sitúan la soberanía del mercado y del Capital en el lugar de la soberanía popular. Quieren “democracias verdaderas”. Ello parece ser más fácil cuando la rebelión de los movimientos populares se dirige en contra de regímenes dictatoriales, a pesar de que estos regímenes siempre tuvieron el respaldo casi absoluto de nuestras democracias modelo. De ahí que amigos de la libertad como Mubarak y Kadhafi, fueron declarados monstruos de un día para otro. Antes eran buenos, ahora resultan malos. Sin embargo, detrás había nada más la preocupación de crear también en estos países democracias vaciadas, como lo son hoy las democracias occidentales. Democracias como las creadas ya en Irak y Afganistán. Pero está claro: los movimientos democráticos rebeldes no quieren en absoluto democracias modelo como las instauradas en estos países.

A eso siguieron los levantamientos democráticos en España y, por consiguiente, dentro de una de estas democracias modelo occidentales. También este movimiento quiere democracia. Aun así, dejan bien claro que se enfrentan a una democracia en la cual los políticos —se trata de casi todos los políticos— hacen la política de los poderes del mercado y del Capital y se vuelven los representantes de éstos como los poderes soberanos. En Argentina 2001 estos rebeldes gritaron: ¡Que se vayan todos!

El nombre que se dio este movimiento en España y que antes ya llevaron algunos movimientos árabes significa algo. Se llaman indignados. Eso significa que se sienten como seres humanos cuya dignidad ha sido despreciada y pisada. El mismo sistema dominante se convirtió en un sistema de negación de la dignidad humana <sup>2</sup>.

Este movimiento se ha ampliado cada vez con nuevas ampliaciones de su contenido, manteniendo, sin embargo, su identidad. Eso ocurrió

<sup>2</sup> Eso es muy consciente. Camila Vallejo, una de las voceras del movimiento chileno, señalaba: “Hay que apostar a un lenguaje que le llegue hasta al más humilde, al más pobre. Y eso es algo que tenemos que tratar con inteligencia, sin perder el contenido. Es una recomendación, y a seguir adelante, que esta lucha no es solamente de los chilenos sino que es una lucha de todos los jóvenes, de todos los estudiantes de todos los pueblos en el mundo, es la lucha por la dignidad humana y por la recuperación de nuestros derechos para alcanzar esa dignidad que todos queremos, y para consolidar sociedades más humanas”.

con las protestas en Chile en contra de la comercialización del sistema de educación y de salud. Lo mismo ocurrió al mismo tiempo en los EE. UU. con el movimiento “Ocupy Wall Street” y que se está propagando al mundo entero. Uno de sus lemas es: “Stop trading with our future”. De nuevo, coloca la exigencia del reconocimiento de la dignidad humana en el centro.

Al mismo tiempo presentan sus intereses, pero lo hacen desde una óptica: la de la dignidad humana. Esto se halla de igual modo en el fondo de los movimientos democráticos árabes. Seres humanos protestan y se rebelan porque son violados en su dignidad humana. Y quieren otra democracia porque la violación de su dignidad es producto de la propia lógica de la democracia vaciada. Estas democracias occidentales solo pueden reírse al escuchar las palabras dignidad humana. Nada de ello existe; he aquí el núcleo de esta nuestra democracia vaciada. El lugar de la dignidad humana lo ha ocupado la consideración del ser humano como capital humano, pues se cree que eso es “realista”. Sin embargo, nos hace comprender de qué manera el Occidente vació muy democráticamente la dignidad humana y la desapareció. Se trata de la transformación del ser humano en capital humano y su total subordinación bajo el cálculo de utilidad. Y en verdad, el capital humano no posee dignidad humana, es máximo nihilismo.

De eso se trata la rebelión en nombre de la dignidad humana. Y no apenas de la dignidad humana, igualmente de la dignidad de la naturaleza. Los seres humanos no son capital humano y la naturaleza no es capital natural. Existe algo como la dignidad. Las democracias occidentales lo han olvidado desde hace mucho tiempo. Se trata, no obstante, de la recuperación de la dignidad humana: el tratamiento digno del ser humano, del otro ser humano, de sí mismo y de la naturaleza también.

Los indignados no hablan en nombre de intereses y de la utilidad por realizar. Lo hacen en nombre de su dignidad humana, encima de la cual no puede haber ningún cálculo de utilidad. De seguro, comer da utilidad. Pero no tener comida no es una baja de utilidad, sino una violación de la dignidad humana. Eso no puede cambiar ningún cálculo de la utilidad. Con todo, nuestra sociedad es tan deshumanizada que este horizonte de dignidad humana casi ha desaparecido, con el resultado de que casi todos se interpretan o se dejan interpretar como capital humano. El mercado nos indica qué tenemos que hacer con la persona humana. Y el mercado dice lo que dicen nuestros banqueros. Y los políticos dicen lo que antes han dicho los banqueros. Por eso, si el mercado lo indica como útil, en cualquier momento podría empezar el genocidio. El mercado, entonces, se transforma en lo que Stiglitz llama las armas financieras de destrucción masiva, y que hoy realizan su trabajo en Grecia y España.

El poder económico deja morir, el poder político ejecuta. Ambos matan, aunque con medios distintos. Por eso el poder político tiene que

justificar el matar, mientras el poder económico tiene que justificar por qué deja morir y no interviene en el genocidio dictado por el mercado. Sea cual sea la justificación, ambos son asesinos. Ninguna de estas justificaciones es más que simple ideología de obsesionados.

#### 4. El asesinato por medio del dejar morir

La denuncia del asesinato ordenado por el poder económico tiene historia. En la Biblia judía, por ejemplo, es expresamente denunciado:

Mata a su prójimo quien le arrebató su sustento, vierte sangre quien quita el jornal al jornalero (Eclesiástico 34, 22).

Bartolomé de las Casas se decide a ser uno de los defensores de los indígenas de América basándose en este texto que lee y medita y a través del cual se convierte. Resulta que son los indígenas quienes son víctimas de asesinatos de este tipo. El Eclesiástico denuncia igualmente este asesinato.

Al final del mismo siglo XVI, Shakespeare asume este tipo de denuncia y la pone en la boca de Shylock, el personaje de *El mercader de Venecia*:

Me quitan la vida si me quitan los medios por los cuales vivo.

Esta problemática aparece de nuevo en los siglos XVIII y XIX. Se comienza a hablar del 'laissez faire': 'Laissez faire, laissez passer', que los críticos expresaron irónicamente: 'Laissez faire, laissez mourir'. Pero especialmente importante es Malthus, quien insiste en el 'laissez mourir' en vez del 'laissez faire'. Adam Smith dice eso mismo de la manera siguiente:

En una sociedad civil, sólo entre las gentes de inferior clase del pueblo puede la escasez de alimentos poner límite a la multiplicación de la especie humana, y esto no puede verificarse de otro modo que destruyendo aquella escasez una gran parte de los hijos que producen sus fecundos matrimonios... Así es, como la escasez de hombres, al modo que las mercaderías, regulan necesariamente la producción de la especie humana: la aviva cuando va lenta y la contiene cuando se aviva demasiado. Esta misma demanda de hombres, o solicitud y busca de manos trabajadoras que hacen falta para el trabajo, es la que regula y determina el estado de propagación, en el orden civil, en todos los países del mundo: en la América Septentrional, en la Europa y en la China <sup>3</sup> (Smith, 1983: 124).

En Smith este dejar morir es ahora ley del mercado, lo que no es en Malthus. Según Smith, los mercados siempre dejan morir a aquellos que no tienen posibilidad de vivir dentro de las leyes del mercado, y así debe ser. Es parte de la ley del mercado. El equilibrio de la mano invisible se realiza dejando morir a aquellos que caen en la miseria. Si volvemos a la cita del Eclesiástico, eso significa que el equilibrio se logra por el asesinato de los sobrantes.

Es claro que tanto para Malthus como para Smith, la tesis del Eclesiástico de que se trata de un asesinato, no es aceptable. Marx, sin embargo, insiste en ello y en el tomo I de *El capital* cita la tesis correspondiente de Shakespeare, y de esta manera también al Eclesiástico, del cual Shakespeare reproduce lo que dice. Luego, de igual modo Marx sostiene que las afirmaciones citadas de Malthus y Smith desembocan en el asesinato.

Es interesante el hecho de que Smith presenta este dejar morir como consecuencia de una ley del mercado. Hay por tanto un legislador que condena a la muerte y éste es el mercado.

En esta forma, vale decir como ley, todo eso se mantiene válido hoy y lo vivimos precisamente ahora con la condena del pueblo griego a la miseria, a la cual han seguido otras condenas y seguirán muchas más. El poder económico condena a la muerte por medio del mercado, y ejecuta. Es la ley, esto es, la ley del mercado, la que ordena estas condenas. Con eso otorga el permiso para matar y los portadores del poder económico resultan agentes 007.

Esta ley del mercado tiene dos dimensiones. Una es la de la ética del mercado, de la cual habla Max Weber y que Hayek sintetiza así: garantía de la propiedad privada y cumplimiento de los contratos. El cumplimiento de los contratos implica el pago de las deudas. Esta ética del mercado es una ética de acatamiento ciego: no hay razones para someter sus normas, que son todas formales, a un criterio de juicio y de evaluación. Como dice Milton Friedman, valen por la fe en el mercado. Vale un rigorismo ético absoluto.

Al lado de esta ética del mercado se trata de leyes del mercado del tipo del dejar morir a los seres humanos sobrantes, o sea, los que no tienen cabida en el mercado, según la cita de Smith. Leyes del mercado de este tipo, son constantemente inventadas. En la actualidad, toda la estrategia de globalización se considera una ley del mercado que hay que cumplir de manera ciega. Eso vale en especial para el sometimiento de todas las relaciones sociales bajo las relaciones del mercado y la privatización en lo posible de todas las instituciones de la sociedad.

Ambas dimensiones de las leyes del mercado están íntimamente relacionadas. Una no existe sin la otra. Tienen en común su destructividad de la conveniencia humana, sea con los otros seres humanos, sea con la naturaleza entera. Se declara entonces esta destrucción como resultante de la 'destrucción creativa', de la cual hablaba Schumpeter empleando la expresión de Bakunin, aunque por supuesto sin citarlo. No es posible

<sup>3</sup> Smith, Adam. *La riqueza de las naciones* (Tomo I). Barcelona, Editorial Bosch, 1983.

negar que esta destrucción existe, no obstante se la hace tolerable por ser pretendidamente creativa. De esta forma no pesa sobre la conciencia moral, y ello tanto más cuanto más ciegamente toda destructividad es declarada creativa. Quien no puede pagar con dinero, ha de pagar con sangre. He aquí el principio del Fondo Monetario Internacional (FMI) y de los bancos.

En las últimas décadas, el mayor caso de este tipo de genocidios ocurrió en Rusia. Basándose en un análisis respecto a esto publicado en la revista inglesa *The Lancet*, dice un autor:

Observando que la población “perdió aproximadamente cinco años de esperanza de vida entre 1991 y 1994” los autores sostienen que semejante degradación de las condiciones de vida es consecuencia directa de las “estrategias económicas implementadas para pasar del comunismo al capitalismo”. Las que habían sugerido, junto con otros, *los money doctors* franceses <sup>4</sup>.

Se produjeron millones de muertes. Pero todo con muy buena conciencia. Tan buena conciencia, que los medios de comunicación casi no mencionaron este gran genocidio.

Los genocidios que se anuncian con el plan para Grecia posiblemente llegarán a resultados parecidos. En su mayoría, tampoco se van a publicar.

La misma ley, en nuestro caso hoy, la ley del mercado, es transformada en la fuerza del crimen que se comete. Esto me recuerda una afirmación de san Pablo:

La espina de la muerte es el crimen, la fuerza del crimen es la ley (1 Cor 15,56) <sup>5</sup>.

La ley se transforma en la fuerza del crimen y activa la espina de la muerte. La ley soluciona todos los problemas de una posible mala conciencia de aquellos que cometen el crimen. Están cumpliendo una ley y, por consiguiente, no cometen ningún crimen. Justo es lo que ha ocurrido ahora con Grecia. El FMI, el Banco Central europeo, el Consejo Europeo y los gobiernos de Merkel y Sarkozy son declarados inocentes del crimen que efectivamente han cometido en nombre de una ley que la

<sup>4</sup> Renaut Lambert. “Los economistas de bancos en campaña”, en: *Le Monde Diplomatique* (Bogotá), marzo (2012), p. 13, cita como su fuente: David Stuckler, Lawrence King, Martin McKee. “Mass privatisation and the post-communist mortality crisis: a cross-national analysis”, en: *The Lancet* (Londres), Volume 373, Issue 9661 (January, 2009), pp. 399-407. Se puede leer algo parecido en Klein, Naomi. *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Barcelona/Buenos Aires/México D. F., Paidós, 2010.

<sup>5</sup> San Pablo habla de algo que se suele traducir como pecado. Todo crimen es pecado, aunque no todo pecado sea un crimen. Por eso corregí la traducción usual, ya que la palabra pecado no transmite lo que Pablo está diciendo. Ver Hinkelammert, F. *La maldición que pesa sobre la ley: las raíces del pensamiento crítico en Pablo de Tarso*. San José, Arlekin, 2010.

propia sociedad burguesa ha promovido. Se trata del corazón de piedra que tiene que ser cultivado en nuestros ejecutivos para que sean capaces de hacer lo que hacen.

Si se actúa de esta manera, la conciencia moral se da vuelta y se invierte. Ahora, mala conciencia se tiene si no se comete crímenes. Éstos son ahora un deber en el cumplimiento de la ley.

Esto dificulta mucho cualquier crítica de violaciones de derechos humanos. Cuando Augusto Pinochet se encontraba prisionero en Londres por la sospecha de genocidio y de muchas otras violaciones de los derechos humanos, Margaret Thatcher lo visitó demostrativamente. En su opinión, Pinochet había cumplido con la ley al perseguir a violadores de la ley. De esta manera, toda crítica de violaciones de los derechos humanos puede ser inmunizada.

Se da inclusive la posición al revés. Quien comete tales violaciones de los derechos humanos se siente tan libre de cualquier crimen, que goza sádicamente con los sufrimientos de aquellos que persigue. Goza aquello que considera como la justicia. De este modo, el ejercicio del poder llega a ser goce del poder y, al final, goce del sufrimiento de los otros.

En el año 1991, el jefe de la compañía Nestlé, Maucher, publicó un artículo en la revista de los empresarios alemanes, en el cual declaró que necesitaba en su empresa managers con “Killerinstinkt”, es decir, con el instinto para matar <sup>6</sup>.

No solo la Nestlé necesita “Killerinstinkt” para que sus chocolates resulten deliciosos, de igual forma lo necesita todo servicio secreto. Éstos no tendrían torturadores si no contaran con personas con “Killerinstinkt”, que es el instinto de torturadores que viven en su acción su goce sádico. Asimismo, la formación de las tal llamadas tropas de élite es la formación del “Killerinstinkt” en sus miembros. Incluso se han desarrollado técnicas para fomentar este instinto. Este “Killerinstinkt” es necesario para fomentar tanto la violencia directa, como la violencia del dejar morir en nombre del mercado.

Se trata del goce de la desgracia y el dolor del otro. Se trata de sadismo. El sadismo es el aceite de la máquina del poder. Este hecho es visible por todos lados, aun así casi todo el mundo se cuida mucho de analizarlo o denunciarlo. Es un secreto a voces.

## 5. La alternativa

Este asesinato ordenado por el mercado jamás es la única alternativa, a pesar de que siempre es interpretada por los medios de comunicación como tal. Siempre existe la alternativa de la regulación y canalización de

<sup>6</sup> Vgl. Arbeitgeber, 1/91. Gemäss Spieler, Willy. “Liberale Wirtschaftsordnung – Freiheit für die Starken?”, en: *Neue Wege* (Zürich), September (2002).



los mercados, como lo fue posible después de la Segunda Guerra Mundial, pero ella es necesariamente la intervención en los privilegios de aquellos que poseen el poder económico. Sin embargo, nuestra sociedad vive una tal idolatría del poder que esa alternativa no es considerada, con el resultado de que toda la sociedad se ha transformado en asesina y criminal.

La tarea, hoy, es desarrollar una sociedad capaz de regular y canalizar el mercado en un grado tal, que ya no puede pronunciar condenas de muerte. Ésa es la sociedad de la cual se trata.

## Consideraciones finales

Para lo anterior me he apoyado en un reciente extraordinario discurso de Theodorakis, lo mismo que en posiciones de Jean Ziegler. Posiciones de este tipo en nuestros medios de comunicación son al unísono caracterizadas como extremismo. Participar en estos genocidios económicos es considerado realismo. Rechazarlo es extremismo. Así tiene que ser en una sociedad organizada por los responsables de estos genocidios.

Theodorakis estuvo presente en el tiempo de la ocupación militar de Grecia por las tropas alemanas durante la Segunda Guerra mundial, en la cual se realizó un pillaje de todo el país y el asesinato de alrededor de un millón de personas. Fue miembro de la resistencia griega y conoció personalmente las cárceles de la Gestapo. Después de la guerra, Alemania, que era responsable, no tenía ninguna deuda con Grecia. De todas maneras, estas deudas eran impagables y, por ende, fueron anuladas. Hoy, Grecia debe a Alemania también sumas absolutamente impagables, no obstante Alemania no anula las deudas, sino exige su pago hasta el último peso. Otra vez, ahora en nombre de esta deuda, Alemania efectuará un completo pillaje de Grecia y realizará un genocidio económico sin piedad. Y en Alemania, apenas aparece alguna resistencia frente a este escándalo. Una de las pocas excepciones la constituye Günter Grass, quien, sin embargo, ha sido maltratado por casi todos los medios de comunicación. Alemania, que una vez se autollamara el país de los poetas y pensadores, destruye sus raíces. Y una de estas raíces es Grecia.

En su discurso, Theodorakis expresa que ahora está todo el campo libre para la privatización, hasta de la Acrópolis. No tengo duda de que el capital alemán gustoso es capaz de comprarla y declararla propiedad de algún banco alemán. Y los filósofos alemanes, ¿celebrarán este fabuloso éxito? Y, ¿qué diría Hölderlin? <sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> Ver el discurso de Theodorakis con el título: "La verdad sobre Grecia", en:  
<http://www.contrainjerencia.com/?p=39245>